

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER. EMPRENDEDOR Y EMPRESARIO UNIVERSAL

JORGE PEIRANO BASSO*

En la literatura empresarial es muy frecuente encontrar la manida discusión de si el líder nace o se hace. Lo cierto es que no cualquiera puede desarrollar una institución de la nada y hacer de ella una fecunda realidad universal en su propia vida. Es evidente que el Beato Josemaría fue un emprendedor nato, ya que hizo de la empresa que le tocó llevar adelante por voluntad divina una institución –el Opus Dei– que existirá mientras haya trabajo de mujeres y hombres sobre la tierra.

Palabras clave: *Opus Dei, Josemaría Escrivá de Balaguer, emprendedor, empresa universal.*

I. INTRODUCCIÓN

S IEMPRE me impresionó el vertiginoso y consistente crecimiento del Opus Dei a lo largo y ancho del mundo, en vida del fundador. La explicación de este fenómeno, absolutamente excepcional, como decía Josemaría Escrivá de Balaguer, es que la Obra de Dios la había he-

cho Dios a su manera “antes, más y mejor”¹. Decía de sí mismo que él no había hecho más que estorbar, pero que Dios escribía “con la pata de una mesa”². La fecundidad de la Obra no hace más que destacar la sobrenaturalidad de la empresa y, por contraste, confirmar la imposibilidad de llegar a resultados tan excepcio-

** Jorge Peirano Basso es Decano del Instituto de Estudios Empresariales de la Universidad de Montevideo (IEEM), Escuela de Negocios de la Universidad de Montevideo (Uruguay).*

nales sólo con el esfuerzo y la capacidad humanos.

Cuando el Beato Josemaría se fue de este mundo, dejó un surco abierto hasta el final de los siglos que el paso del tiempo no hace más que agrandar. Su relieve y trascendencia es comparable, por ejemplo, a la proyección que ha tenido en la historia la vida de Pablo de Tarso. San Pablo fue quien impulsó el cristianismo en la gentilidad, es decir, en todo el mundo de su época, más allá del pueblo de Israel³. Josemaría Escrivá, santo oficialmente reconocido por la Iglesia Católica a partir del 6 de octubre de 2002, fue el instrumento dócil y único, en manos de Dios, que pudo decir que se han abierto todos los caminos divinos de la tierra sembrando la semilla de la llamada universal a la santidad: “El Señor suscitó el Opus Dei en 1928 para ayudar a recordar a los cristianos que, como cuenta el libro del Génesis, Dios creó al hombre para trabajar. Hemos venido a llamar de nuevo la atención sobre el ejemplo de Jesús que, durante treinta años, permaneció en Nazareth trabajando, desempeñando un oficio. En manos de Jesús el trabajo, y un trabajo

profesional similar al que desarrollan millones de hombres en el mundo, se convierte en tarea divina, en labor redentora, en camino de salvación. El espíritu del Opus Dei recoge la realidad hermosísima –olvidada durante siglos por muchos cristianos– de que cualquier trabajo digno y noble en lo humano, puede convertirse en un quehacer divino. En el servicio de Dios, no hay oficios de poca categoría: todos son de mucha importancia. Para amar a Dios y servirle, no es necesario hacer cosas raras. A todos los hombres sin excepción, Cristo les pide que sean perfectos como su Padre celestial es perfecto (Mt., V, 48). Para la gran mayoría de los hombres, ser santo supone santificar el propio trabajo, santificarse en su trabajo, y santificar a los demás con el trabajo, y encontrar así a Dios en el camino de sus vidas. Las condiciones de la sociedad contemporánea, que valora cada vez más el trabajo, facilitan evidentemente que los hombres de nuestro tiempo puedan comprender este aspecto del mensaje cristiano que el espíritu del Opus Dei ha venido a subrayar. Pero más importante aún es el influjo

del Espíritu Santo, que en su acción vivificadora ha querido que nuestro tiempo sea testigo de un gran movimiento de renovación en todo el cristianismo. Leyendo los decretos del Concilio Vaticano II se ve claramente que parte importante de esa renovación ha sido precisamente la revaloración del trabajo ordinario y de la dignidad de la vocación del cristiano que vive y trabaja en el mundo (...). Con el comienzo de la obra en 1928, mi predicación ha sido que la santidad no es cosa para privilegiados, sino que pueden ser divinos todos los caminos de la tierra, todos los estados, todas las profesiones, todas las tareas honestas. Las implicaciones de ese mensaje son muchas y la experiencia de la vida de la Obra me ha ayudado a conocerlas cada vez con más hondura y riqueza de matices. La Obra nació pequeña, y ha ido normalmente creciendo luego de una manera gradual y progresiva, como crece un organismo vivo, como todo lo que se desarrolla en la historia. Pero su objetivo y razón de ser no ha cambiado ni cambiará por mucho que pueda mudar la sociedad, porque el mensaje del Opus Dei es que se puede

santificar cualquier trabajo honesto, sean cuales fueran las circunstancias en que se desarrolla. Hoy forman parte de la Obra personas de todas las profesiones: no sólo médicos, abogados, ingenieros y artistas, sino también albañiles, mineros, campesinos; cualquier profesión: desde directores de cine y pilotos de reactores hasta peluqueras de alta moda. Para los socios del Opus Dei el estar al día, el comprender el mundo moderno, es algo natural e instintivo, porque son ellos —junto con los demás ciudadanos, iguales a ellos— los que hacen nacer ese mundo y le dan su modernidad”⁴.

Es sencillo comprender que hablar del espíritu “emprendedor y empresarial” de un santo de esta talla suena como algo fuera de lugar, y hasta en cierto sentido extraño, por lo que supone de reducir, minimizar y desvirtuar la naturaleza misma de la cuestión. Obviamente, Josemaría Escrivá de Balaguer fue mucho más que un emprendedor y hacedor de una iniciativa única a escala mundial. Fue el hacedor de la Obra de Dios —el Opus Dei— que, por ser universal, es para todos y en todas partes, y trasciende su tiempo hasta el fin de los

390

tiempos. A él le enseñó el mismo Dios lo que tenía que hacer, porque no había antecedentes de ningún tipo, salvo la realidad de la vida cotidiana de los primeros cristianos en los albores del cristianismo. Son elocuentes sus palabras en aquella predicación del 2 de octubre de 1962: “Me puse a trabajar, y no era fácil: se escapaban las almas como se escapan las anguilas en el agua. Además, había la incompreensión más brutal: porque lo que hoy ya es doctrina corriente en el mundo, entonces no lo era. Y si alguno afirma lo contrario, desconoce la verdad.

Tenía yo veintiséis años —re-pito—, la gracia de Dios y buen humor: nada más. Pero así como los hombres escribimos con la pluma, el Señor escribe con la pata de la mesa, para que se vea que es Él el que escribe: eso es lo increíble, eso es lo maravilloso. Había que crear toda la doctrina teológica y ascética, y toda la doctrina jurídica. Me encontré con una solución de continuidad de siglos: no había nada. La Obra entera, a los ojos humanos, era un disparatón. Por eso, algunos decían que yo estaba loco y que era un hereje, y tantas cosas más”⁵.

El Beato Josemaría fue un instrumento excepcionalísimo y único por su fidelidad sin fisuras a la misión recibida de Dios; misión plasmada “en hacer la Obra”, que no es otra cosa que hacer que cada uno, que cada ser humano corriente y moliente, sea “Opus Dei”, se realice en plenitud como hombre o mujer, como hijo de Dios que cada uno es. Fue un santo cuya grandeza estuvo en enseñar a los demás que ser santo no es tener una hoja inmaculada de servicio. Que tampoco es conseguir heroicamente virtudes por un esfuerzo titánico, despertando admiración en los demás; sino que la santidad —sin aguarla ni rebajarla un ápice— es hacer “endecasílabos de la prosa heroica de cada día”,⁶ y, por tanto, es accesible a todos, en todos lados y siempre. Y esto significa que en el mundo cayó una bomba de neutrones que transforma continua y radicalmente la realidad, “ahogando el mal en abundancia de bien”⁷ en cada uno de los seres humanos que recibe y lucha por vivir este espíritu. La gracia de Dios y la libertad humana no harán más que extender y extender en todos los ambientes, de todas las sociedades hasta el fin de los

JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER. EMPRENDEDOR Y EMPRESARIO UNIVERSAL

tiempos este espíritu que, como decía el fundador del Opus Dei, no es algo inédito, sino que es algo “viejo como el evangelio y como el evangelio nuevo”⁸: todas las mujeres y hombres, de cualquier edad, raza, lengua, condición, circunstancia, creencia, etc., están llamados a la santidad en la vida corriente, común, que les ha tocado vivir.

II. EL LÍDER. EL PADRE

EL BEATO Josemaría fue un emprendedor nato. Hizo de la empresa que le tocó llevar adelante por voluntad divina una institución –el Opus Dei– que habrá de existir mientras haya trabajo de mujeres y hombres sobre la tierra. Cuando explicaba la realidad del espíritu de la Obra, recordaba que en el Génesis se dice que el hombre ha sido creado por Dios *ut operaretur*, para que trabajara⁹.

En la literatura empresarial es muy frecuente encontrar la manida discusión de si el líder nace o se hace. Y hay opiniones para todos los gustos. Lo cierto es que no cualquiera puede desarrollar una institución de la nada y hacer de ella una fecunda realidad universal

en su propia vida. Y es obvio que el Beato Josemaría nació para fundar el Opus Dei. En el caso que nos ocupa, podemos decir que este hombre nació para cumplir una misión –con todo lo que eso supone de condiciones personales– y la cumplió acabadamente. Transcribimos unas pinceladas de Pilar Urbano sobre el espíritu arrollador del Beato Josemaría: “*Ut gigas* ... Un día de agosto de 1941, Josemaría Escrivá dirige la meditación en la penumbra del oratorio de Diego de León, 14, en Madrid. Habla de fe, de audacia, de atreverse a pedir ¡la luna! con una confianza indismontable en que Dios puede darla...

¿Miedo? ¡Miedo a nadie!
¡Ni a Dios! ... porque es mi padre.

Se vuelve hacia el sagrario y, mirando hacia ese punto, con la naturalidad de quien de veras conversa con alguien, que está allí, en aquella misma habitación, agrega:

Señor: no te tenemos miedo..., porque te amamos.

Ut gigas ... Una tarde de noviembre de 1942, también en Madrid, Josemaría Escrivá llega al chalé número 19 de la calle de Jorge Manrique. Es

391

392

un centro de las mujeres de la Obra. En esos momentos todo el Opus Dei femenino no llega a diez chicas jóvenes: Lola Fiac, Encarnita Ortega, Nisa González Guzmán, Lola Jiménez-Vargas, Laura y Conchita López-Amo, María Jesús Hereza, Aurora, una leonesa, paisana y amiga de Nisa... Escrivá se reúne en la salita-biblioteca con las tres que a esa hora están en la casa: Encarnita, Nisa y Lola F. El Padre desdobra un papel y lo extiende sobre la mesa. Es como un cuadro, un esquema gráfico, donde se exponen las diversas labores de apostolado que, bien como iniciativa personal, bien como tarea corporativa, habrán de realizar las mujeres de la Obra en el mundo entero. Al tiempo que explica con gran viveza su contenido, va señalando con el dedo índice cada uno de los rótulos del cuadro: granjas-escuelas para campesinas; residencias universitarias; clínicas de maternidad; centros de capacitación profesional de la mujer en distintos ámbitos: hostelería, secretariado, enfermería, docencia, idiomas...; actividades en el campo de la moda; bibliotecas ambulantes; librerías... Les dice también,

antes y después, que lo más importante ha de ser el apostolado de amistad que cada una desarrolle con sus familias, sus vecinas, con sus conocidas, con sus colegas... 'y eso será siempre imposible de registrar y de medir'. Como un *ritornello* entusiasta, el Padre repite de vez en cuando:

¡Soñad y os quedaréis cortas!

Aquellas tres le miran pasmadas, entre el asombro y el vértigo. No se les ocurre pensar que todo eso tengan que hacerlo ellas mismas y, como quien dice, ¡ya! Les parece que allí, sobre la mesa, el Padre está desplegando un sueño. Un bello sueño para un lejano futuro. Ellas se sienten inexpertas, sin medios, sin recursos... incapaces. Escrivá capta en esas miradas la ilusión y la impotencia, el deseo y el temor, un acobardado '¡ya que quisiéramos poder...!'. Muy despacio, recoge el papel y comienza a doblarlo. Su rostro ha cambiado. Ahora está muy serio. ¿Disgustado? ¿Decepcionado? ¿Triste? Es como si, de pronto, a un pobre hombre tan animoso se le hubiese caído el alma a los pies.

Sin desafíos, va a ponerlas cara a su responsabilidad. Es-

cogiendo muy bien las palabras les dice:

- Ante esto se pueden tener dos reacciones. Una, la de pensar que es algo muy bonito pero quimérico, irrealizable. Y otra, de confianza en el Señor que, si nos ha pedido todo esto, nos ayudará a sacarlo adelante...

Calla. Las mira, deteniéndose en cada una, como si con esa mirada pudiera trasvasarles su propia fe, inundarlas con su seguridad. Después, antes de darse media vuelta hacia la puerta, añade:

- Espero que tengáis la segunda reacción.

Y la tienen. No es una utopía. Ciertamente, no están abiertos los caminos. Los harán ellas, al golpe de sus pisadas. A la vuelta de los años —pongamos cuarenta, por tomar una cifra que, en la vida de un ser humano, suele ser baremo de madurez—, 1984, las mujeres del Opus Dei, extendidas por los dos hemisferios, han puesto en marcha y en pleno funcionamiento más de 40 residencias universitarias, más de 200 centros culturales, 16 escuelas de secretariado e idiomas, 79 colegios como iniciativas de los padres de las

alumnas y otros 12 como obras corporativas, 94 institutos de formación profesional, 13 escuelas agrarias para campesinas. Y un sinfín de dispensarios, centros de higiene, programas de alfabetización, campañas de animación cultural y de formación social, servicios de reparto de alimentos en zonas rurales, cursos vespertinos de educación primaria y secundaria en barrios fabriles, etc. *Ut gigas ...* a la vuelta de cuarenta años, aquellas tres se han multiplicado por diez mil cada una. 'Dios + 2 + 2' nunca es una simple suma: siempre es una portentosa multiplicación de enésima potencia. En expansión paralela a la de los varones del Opus Dei, las mujeres trabajan de modo estable en ciudades y pueblos de más de setenta países, por los cinco continentes. Y empiezan a establecerse en Suecia, en Noruega, en Finlandia, en Taiwán, en Hong-Kong, en Corea, en Macao, en Costa de Marfil, en Zaire, en Camerún, en Santo Domingo, en Nueva Zelanda, en Polonia, en Hungría, en Checoslovaquia ... Le hablan de la Universidad de Navarra y, como percibe cierto tono de complacencia satisfecha con el logro, advierte ense-

394

guida que no, que nada de dormirse en los laureles, que ‘eso es sólo el comienzo: con el tiempo, y no mucho, habrá diez o veinte universidades semejantes’. Y así será: a la de Navarra, en España, seguirán la de Piura, en Perú; la Panamericana, en México; la de La Sabana, en Colombia; la Austral, en Argentina; la de los Andes, en Chile; el CRC de Manila, en Filipinas. Y, en avanzado proyecto, la Strathmore University de Nairobi, en Kenya; y el Libero Istituto Universitario Campus Biomédico de Roma, en Italia”;¹⁰ la Universidad de Montevideo, en Uruguay; la Universidad de Asia y el Pacífico, en Filipinas; la Universidad de Monteávila en Venezuela, etc., etc.

Esta escena de la vida de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer una tarde de noviembre de 1942 en Madrid, en el chalé número 19 de la calle Jorge Manrique con tres chicas jóvenes –hijas suyas, de su amor a Dios, que se traducían en hacer el Opus Dei– se repite de una u otra forma todos los días de su vida. Era connatural en él. Ese “soñad y os quedaréis cortos” estuvo siempre vivo mientras estuvo en la tierra y sigue vivo hoy día

en cada emprendimiento, tanto en lo personal como en lo colectivo, que lleve adelante cualquiera al que le anime este espíritu.

Aunque sin lugar a dudas fue en dimensiones únicas un líder, esta palabra no es adecuada, se queda corta, para expresar la realidad de esta vida que estuvo signada por abrir un surco ancho y profundo en la historia de la humanidad hasta el fin de los tiempos. En la intimidad del hogar, Josemaría Escrivá de Balaguer comentaba que cuando se fuera de este mundo le gustaría que en su tumba previeran una inscripción “*et genuit filios et filias*”, engendró hijas e hijos¹¹. Y en su tumba se plasmó esta realidad. Allí quedaron en bronce estampadas dos palabras y dos fechas que expresaban acabadamente la síntesis de su vida fecunda: El Padre – 9.I.1902 – 26.VI.1975.

III. EL NEGOCIO. LA MISIÓN

JOSEMARÍA Escrivá de Balaguer siempre tuvo muy claro cuál era su negocio y para qué estaba en la tierra. Lo suyo, su razón de ser, el sentido de su vida era acercar a los hombres a Dios –a

todos, sin ninguna, ninguna excepción— para que se dieran cuenta de que cada uno es verdaderamente hijo de Dios, con todo lo que ello supone en el transcurrir cotidiano de sus vidas.

Hay muchas maneras de acercar a los hombres a Dios para que cada uno se encuentre y tenga un trato de tú a tú con Él. Basta recorrer la historia de la humanidad, desde los albores de la creación hasta nuestros días, para pasmarnos de cómo Dios ha buscado al hombre —creado a su imagen y semejanza— una e infinitas veces, sin cansarse nunca de la falta de correspondencia del ser humano, de sus fallos patentes e innegables y de un sinnúmero de etcéteras que sería ocioso señalar ahora.

Una de las tantas maneras de las que Dios se vale para acercar a los hombres a Él es escoger una persona y transmitirle un espíritu y con él una misión. Y eso es lo que sucedió con Josemaría Escrivá de Balaguer y el Opus Dei el 2 de octubre de 1928. Está de moda hoy día en las empresas hablar de Visión y Misión. Cómo le gustaría a la empresa ser percibida por su entorno y cuál es la razón de ser de su existencia. En reali-

dad, la disquisición entre Visión y Misión ha llevado a veces a un doble discurso en las empresas: a priorizar el “cómo nos ven”, sobre “lo que somos” y “para qué estamos”. De ahí que muchos de los estudiosos de estos temas, con buen criterio en mi opinión, se refieran a la misión de la empresa como un concepto omnicomprensivo, donde va de suyo que si la empresa cumple con su misión y hace aquello para lo que fue fundada, todo lo demás vendrá por añadidura (clientes internos y externos satisfechos, comunidad donde actúa la empresa agradecida y conforme con su existencia, accionistas reconocidos y la supervivencia de la empresa garantizada).

Mutatis mutandis, Josemaría Escrivá siempre tuvo muy clara su misión y, desde que vio lo que Dios le pedía, consumió su vida en realizarlo. Impresiona que haya abrazado su vocación sacerdotal como una situación más idónea para recibir una llamada de Dios, que —en el momento de hacerse sacerdote— aun no conocía. Tuvieron que pasar tres años, después de la ordenación sacerdotal, para recibir la evidencia de Dios: que estaba en la tierra para realizar la misión de fundar el Opus

Dei. Los barruntos de su juventud, en el sentido de que Dios le pedía algo, le llevaron generosamente al sacerdocio. Y, pocos años después, se configuró con claridad la razón de ser de su vida. Su misión en la tierra era recordar a las mujeres y a los hombres de su época y hasta el fin de los siglos, que están llamados a la santidad en la vida corriente. Cualquiera que sea su estado: casados, solteros, viudos; cualquiera que sea su condición: jóvenes y viejos, sanos y enfermos, pobres y ricos; cualquiera que sea su raza: negros, blancos, mulatos, amarillos, etc., etc; cualquiera que sea su creencia o religión ... todos, todos, están llamados a la santidad. “Sólo hay una raza —solía repetir a lo largo y ancho de este mundo, con ocasión y sin ella— la raza de los hijos de Dios”.

Y se encontró con un parón de siglos. Por las circunstancias de la vida, desde el tiempo de los primeros cristianos hasta nuestros días, no existió una conciencia generalizada a nivel universal de esta verdad consoladora y evidente. El Concilio Vaticano II¹² fue el portavoz y la confirmación de este mensaje divino que hoy va siendo pacíficamente incorporado

—muchas veces sin advertirlo siquiera los destinatarios— en las vidas de millones de personas de todo el mundo.

La misión estuvo clara y la determinación de hacerla también. El mérito tan singular de Josemaría Escrivá de Balaguer fue el haberla plasmado en la realidad de la vida de los hombres de su tiempo para que perdure hasta el fin de los tiempos.

IV. LOS OBJETIVOS

JOSEMARÍA Escrivá tenía muy clara la misión y el porqué y para qué de su existencia. Había que encarnar en el mundo el designio divino. No alcanzaba con escribir sobre el nuevo fenómeno ascético, teológico y jurídico que suponía el mensaje, “viejo como el evangelio y como el evangelio nuevo”, de que todos los seres humanos, todos sin exclusión alguna, están llamados a la santidad en su vida corriente de cada día. Había que hacer la Obra de Dios en el mundo del siglo XX en que nació y vivió, para que perdurara el espíritu para siempre, sin que se cambiara, modificara, aguara o rebajara con el devenir de los siglos.

En términos de las ciencias empresariales diríamos que una vez establecida la misión, lo decisivo era fijar unos objetivos o políticas muy claras para conseguir el fin buscado. Como puede advertirse, Monseñor Escrivá de Balaguer lo hizo con la naturalidad del que nació para eso, sin haber estudiado para hacerlo. Su escuela fue su vida misma. Su generosidad y fidelidad plenas a las inspiraciones de Dios en su alma le llevaron a abrazar los sufrimientos que le tocó llevar cada día, sin mentalidad de víctima, sino todo lo contrario, con la alegría del que se sabe hijo de Dios. Sufrimientos que le llevaron a decir que si hubiese sabido lo que se le venía encima, se hubiera muerto. Pero se fue enterando poco a poco, al paso de Dios, y por eso sobrevivió a la tarea ciclópica que le tocó realizar en vida.

Los objetivos para él eran claros. Eran de orden formativo, ascético, teológico y jurídico. Para cumplir con la misión que le había encomendado Dios el 2 de octubre de 1928, debían librarse lo que él mismo llamó verdaderas batallas: la batalla de la formación, la batalla ascética y teológica y

la batalla jurídica. Escuchemos algunas reflexiones suyas respecto al proceso teológico que ha llevado a la gente corriente a vivir su responsabilidad como miembro de la Iglesia y como ciudadano: “Una aclaración previa me parece conveniente: el Opus Dei no es ni puede considerarse una realidad ligada al proceso evolutivo del *estado de perfección* en la Iglesia, no es una forma moderna o *aggiornata* de ese estado. En efecto, ni la concepción teológica del *status perfectionis* —que Santo Tomás, Suárez y otros autores han plasmado decisivamente en la doctrina— ni las diversas concreciones jurídicas que se han dado o pueden darse a ese concepto teológico, tienen nada que ver con la espiritualidad y el fin apostólico que Dios ha querido para nuestra Asociación. Baste considerar —porque una completa exposición doctrinal sería larga— que al Opus Dei no le interesan ni votos, ni promesas, ni forma alguna de consagración para sus socios, diversa de la consagración que ya recibieron para el Bautismo. Nuestra Asociación no pretende de ninguna manera que sus socios cambien de estado, que dejen de

ser simples fieles iguales a los otros, para adquirir el peculiar *status perfectionis*. Al contrario, lo que desea y procura es que cada uno haga apostolado y se santifique dentro de su propio estado, en el mismo lugar y condición que tiene en la Iglesia y en la sociedad civil. No sacamos a nadie de su sitio, ni alejamos a nadie de su trabajo o de sus empeños y nobles compromisos de orden temporal.

La realidad social, la espiritualidad y la acción del Opus Dei se insertan, pues, en un venero muy distinto de la vida de la Iglesia: concretamente, en el proceso teológico y vital que está llevando el laicado a la plena asunción de sus responsabilidades eclesiales, a su modo propio de participar en la misión de Cristo y de su Iglesia. Ésta ha sido y es, en los casi cuarenta años de existencia de la Obra, la inquietud constante —serena, pero fuerte— con la que Dios ha querido encauzar, en mi alma y en la de mis hijos, el deseo de servirle.

¿Cuáles son las aportaciones del Opus Dei a ese proceso? No es quizá éste el momento histórico más adecuado para hacer una valoración global de

este tipo. A pesar de que se trata de problemas sobre los que se han ocupado mucho —¡con cuánto gozo de mi alma!— el Concilio Vaticano II, y a pesar de que no pocos conceptos y situaciones referentes a la vida y misión del laicado han recibido ya del Magisterio suficiente confirmación y luz, hay todavía sin embargo un núcleo considerable de cuestiones que constituyen aún, para la generalidad de la doctrina, verdaderos *problemas límite* de la teología. A nosotros, dentro del espíritu que Dios ha dado al Opus Dei y que procuramos vivir con fidelidad —a pesar de nuestras imperfecciones personales—, nos parecen ya divinamente resueltos la mayor parte de esos problemas discutidos, pero no pretendemos presentar esas soluciones como las *únicas* posibles.

Hay a la vez otros aspectos del mismo proceso de desarrollo eclesiológico, que representan estupendas adquisiciones doctrinales —a las que indudablemente Dios ha querido que contribuyese, en parte quizá no pequeña, el testimonio del espíritu y la vida del Opus Dei, junto con otras valiosas aportaciones de iniciativas y asociaciones apostólicas no

menos beneméritas-, pero son adquisiciones doctrinales que quizá pasará todavía bastante tiempo antes de que lleguen a encarnarse realmente en la vida *total* del Pueblo de Dios. Usted mismo ha recordado en sus anteriores preguntas algunos de esos aspectos: el desarrollo de una auténtica espiritualidad laical; la comprensión de la peculiar tarea eclesial –no *eclesiástica* u oficial– propia del laico; la distinción de los derechos y deberes que el laico tiene en cuanto laico; las relaciones Jerarquía-laicado; la igualdad de dignidad y la complementariedad de tareas del hombre y de la mujer en la Iglesia; la necesidad de lograr una ordenada opinión pública en el Pueblo de Dios; etc.

Todo esto constituye evidentemente una realidad muy fluida, y a veces no exenta de paradojas. Una misma cosa, que dicha hace cuarenta años escandalizaba a casi todos o a todos, hoy no extraña a casi nadie, pero en cambio son aún muy pocos los que la comprenden a fondo y la viven ordenadamente.

Me explicaré mejor con un ejemplo. En 1932, comentando a mis hijos del Opus Dei algunos de los aspectos y

consecuencias de la peculiar dignidad y responsabilidad que el Bautismo confiere a las personas, les escribí en un documento: ‘Hay que rechazar el prejuicio de que los fieles corrientes no pueden hacer más que limitarse a ayudar al clero, en apostolados eclesiásticos. El apostolado de los seglares no tiene por qué ser siempre una simple participación en el apostolado jerárquico: a ellos les compete el deber de hacer apostolado. Y esto no porque reciban una misión canónica, sino porque son parte de la Iglesia; esa misión... la realizan a través de su profesión, de su oficio, de su familia, de sus colegas, de sus amigos’.

Hoy, después de las solemnes enseñanzas del Vaticano II, nadie en la Iglesia pondrá quizá en tela de juicio la ortodoxia de esta doctrina. Pero ¿cuántos han abandonado realmente su concepción única del apostolado de los laicos como una labor pastoral *organizada de arriba abajo*? ¿Cuántos, superando la anterior concepción *monolítica* del apostolado laical, comprenden que pueda y que incluso deba también haberlo sin necesidad de rígidas estructuras centralizadas, misiones canónicas y

400

mandatos jerárquicos? ¿Cuántos que califican al laicado de *longa manus Ecclesiae*, no están confundiendo al mismo tiempo en su cabeza el concepto de Iglesia-Pueblo de Dios con el concepto más limitado de Jerarquía? O bien ¿cuántos laicos entienden debidamente que, si no es en delicada comunión con la Jerarquía, no tienen derecho a reivindicar su legítimo ámbito de autonomía apostólica?

Consideraciones semejantes se podrían formular en relación a otros problemas, porque es realmente mucho, muchísimo, lo que queda todavía por lograr, tanto en la necesaria exposición doctrinal, como en la educación de las conciencias y en la misma reforma de la legislación eclesiástica. Yo pido mucho al Señor —la oración ha sido siempre mi gran arma— que el Espíritu Santo asista a su Pueblo, y especialmente a la Jerarquía, en la realización de estas tareas. Y le ruego también que se siga sirviendo del Opus Dei, para que podamos contribuir y ayudar, en todo lo que esté de nuestra parte, a este difícil pero estupendo proceso de desarrollo y crecimiento de la Iglesia¹³.

Como se ve, se trata de una revolución silenciosa. La Iglesia somos todos y cada uno de las mujeres y hombres de este mundo que han respondido afirmativamente a la llamada puesta por Dios en su naturaleza y en sus almas, que les lleva a luchar por hacer bien las cosas y no cesar nunca en ese empeño, a pesar de los personales errores, horrores y limitaciones. Unos y otros, comprometidos en transformar el mundo, a sí mismos y a cada uno de los seres humanos, en frase feliz de Josemaría Escrivá, “ahogando el mal en abundancia de bien”. No existía en la Iglesia estructura jurídica capaz de dar cauce adecuado a este espíritu. Cuando planteó en Roma estas ideas, le dijeron que había llegado con un siglo de anticipación. No es difícil imaginar la contrariedad insalvable que esta respuesta habría provocado en el ánimo de cualquier persona que había arrastrado tras de sí a muchas otras, y a la que se cerraba el camino para oficializar un espíritu que era de Dios. Fue un largo camino jurídico que, poco a poco, se fue plasmando en el Derecho de la Iglesia, primero con aprobaciones diocesanas, después con

aprobaciones de la Santa Sede, que si bien significaron un reconocimiento oficial de la Iglesia, no contemplaban en todos sus matices el espíritu del Opus Dei, con el consiguiente peligro de deformación de ese espíritu en las generaciones futuras. Tuvieron que pasar más de cincuenta años –de 1928 a 1982– y tuvo que ocurrir el Concilio Vaticano II, donde se aprobaron las normas básicas que permiten la aprobación de instituciones como el Opus Dei, para que la Obra de Dios encontrara su lugar propio y definitivo en el derecho de la Iglesia, asegurándose así la fidelidad plena al espíritu que Dios quiso traer al mundo el 2 de octubre de 1928. Monseñor Josemaría Escrivá, que había ofrecido su vida por la Iglesia y fallecido en 1975, no vio en este mundo la aprobación definitiva por la que luchó toda su existencia. Siete años después de su muerte se concretó dicha aprobación, de la cual siempre tuvo certeza que tendría lugar algún día, porque como él enseñó siempre, Dios hace las cosas a su modo y en el momento más oportuno.

Un espíritu “viejo como el evangelio y como el evangelio

nuevo” dio lugar a profundos cambios estructurales, ascéticos, teológicos y jurídicos y, naturalmente, el tiempo no hará más que profundizar y extender esta realidad en la vida de la sociedad a lo largo y ancho del mundo. Lo que hoy vemos es apenas la punta del iceberg. Lo que no se ve es esa revolución silenciosa que se está dando en nuestro mundo y que llevó a decir a un joven miembro del Opus Dei, marino de profesión, a quien le preguntaron un día si él era de la Armada, y contestó con sencillez y desparpajo juvenil, que más bien él era “de la que se iba a armar...”.

V. LOS MEDIOS

MÁS DE UNA vez, el fundador del Opus Dei preguntó a los miembros de la Obra: “Si yo muero, ¿continuarás con la Obra? Algunos se acuerdan de que les hizo esa pregunta el 1 de octubre de 1940. Estaban unos cuantos, que habían venido a Madrid, desde diversas provincias, para pasar junto al Fundador la Fiesta de los Ángeles Custodios, en la que se cumplían los doce primeros años del Opus Dei. Todos

quedaron impresionados, pero tuvieron la serenidad de decir que, en tal caso, seguirían adelante, fieles a la llamada que habían recibido. ¡Pues no faltaba más! —replicó con viveza— ¡Bonito negocio habríais hecho si, en vez de seguir al Señor, hubiérais venido a seguir a este pobre hombre!¹⁴

Para garantizar la fidelidad al espíritu que Dios le había dado, Josemaría Escrivá de Balaguer formó muy bien a su sucesor y a los miembros de la Obra. Hizo de su vida un eterno devenir para formar primero a quienes le rodeaban, para así llegar a todos “porque de cien almas le interesaban las cien”. Y lo hizo con un don de gentes único y un don de comunicación también único. Decía que se llamaba Escrivá y por eso había escrito mucho, y sobre el espíritu de la Obra tanto, que sus hijos no tenían derecho a equivocarse porque estaba todo muy claro para siempre.

Monseñor Escrivá era plenamente conciente de que era la primera piedra, la roca, el cimiento de la Obra de Dios en el mundo por los siglos de los siglos, mientras existieran seres humanos sobre la tierra. Y quienes le sucediesen se mi-

rarían en él para ser fieles a ese espíritu. Y comunicó por escrito y verbalmente y comunicó con su vida. No tenemos más que leer los innumerables testimonios de las personas que convivieron con él, que le conocieron personalmente, o esas extraordinarias películas donde hace de verdadero jugador de Dios en su viaje por la Península Ibérica en 1972, o por Hispanoamérica en 1974.

Si vemos las cosas desde el punto de vista humano, de cómo hacer para garantizar la continuidad de una empresa en lo que refiere a su misión y organización, la Obra fundada por Monseñor Josemaría Escrivá es sin lugar a dudas un ejemplo paradigmático.

Su primer sucesor, Monseñor Álvaro del Portillo, fue elegido por unanimidad en el Congreso General convocado a esos efectos. Ciertamente, en las obras de Dios, las cosas hay que verlas no sólo desde la perspectiva humana —que obviamente la tienen— sino en toda su plenitud humana y sobrenatural, es decir, desde la realidad. En este sentido Salvador Bernal apunta: “No mucho tiempo después de ser elegido para gobernar el Opus Dei, don Álvaro explicaba el

significado del Fundador en su vida, empleando la respuesta atribuida a Alejandro Magno, cuando le reprocharon que apreciaba más a Aristóteles que a su padre, el rey Filipo de Macedonia: ‘Sí, porque mis padres me trajeron a la tierra, pero Aristóteles, con su doctrina, me ha llevado de la tierra al cielo’. El 19 de febrero de 1984 –santo de don Álvaro-, Flavio Capucci le contó que había consultado un conocido diccionario etimológico de nombres propios: Álvaro significa ‘aquel que protege a todos, que vela sobre todos, que defiende a todos’. Don Álvaro le respondió que, personalmente, se inclinaba por un sentido basado, no en la raíz germánica, sino en otra semítica, *el hijo*; y añadió: ‘Pero se puede unir con la interpretación que tú dices: reza para que sea verdad, para que sea un hijo bueno y, al mismo tiempo, un buen Padre, que vela sobre los demás’. Probablemente, Flavio Capucci tenía en su corazón esas palabras cuando, ya en 1994, escribió en la revista *Studi Cattolici* que ‘la profunda unidad entre el Fundador y su sucesor, este fluir de la paternidad del uno al otro –diferentes en el temperamento, identificados en el espí-

ritu-, y la continuidad en nuestro ánimo de la misma filiación son testimonios de realidades que no encuentran explicación humana’¹⁵.

La formación de su sucesor, su manera de delegar, consecuencia natural de la confianza absoluta que tenía en sus hijos y en la gente, que a su vez se plasmaba en la descentralización y en el gobierno colegiado de la Institución, le llevaban a decir gráficamente que la Obra era una organización desorganizada. Éstos fueron los medios humanos –las estrategias, dirían los estudiosos de las ciencias de la empresa– de los que Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer se valió para hacer el Opus Dei en el mundo. Fue lo que le llevó a decir que, en la vida, hay que poner los medios humanos como si no existiesen los sobrenaturales, y los sobrenaturales como si no existieran los humanos.

Javier Echevarría, actual Prelado del Opus Dei, recordaba esa confianza que el fundador tenía en la gente: “De ahí, su confianza en los demás, sin revisar constantemente el trabajo que realizaban, reconociéndoles mayoría de edad. Y esto, a la vez, sin desenten-

derse de su propia responsabilidad, porque sabía pedir cuenta, a su hora, y corregir si era necesario (...) Nunca ejerció el gobierno de un modo personal. Ya he mencionado que, con objeto de no coaccionar a los que intervenían en los asuntos, jamás daba su parecer en primer lugar, para que pudieran opinar con absoluta libertad. Escuchaba a todos y la mayoría de las veces, cuando no se trataba de cuestiones fundacionales que afectaban a la esencia o al espíritu del Opus Dei, decidía con la mayoría de los que habían intervenido. Cuando por una aparente delicadeza o porque no resolvíamos asuntos de nuestra competencia, se los planteábamos, nos respondía que no le hiciésemos un tirano y que le ayudásemos en el gobierno, asumiendo con completa responsabilidad personal la carga que nos correspondía¹⁶.

Esa confianza absoluta en sus hijos se reflejaba en una frase llena de fuerza: “Más creo a cada uno de vosotros, que a cien notarios unánimes que me afirmasen lo contrario¹⁷”. La descentralización y la colegialidad, rasgos esenciales en el gobierno del Opus Dei, garantizan la vitali-

dad institucional desde sus orígenes y para siempre, en lo que al fundador le gustaba llamar una organización desorganizada: “Quiero decir que damos una importancia primaria y fundamental a la *espontaneidad apostólica de la persona*, a su libre y responsable iniciativa, guiada por la acción del Espíritu; y no a las estructuras organizativas, mandatos, tácticas y planes impuestos desde el vértice, en sede de gobierno.

Un mínimo de organización existe, evidentemente, con un gobierno central, que actúa siempre colegialmente y tiene su sede en Roma, y gobiernos regionales, también colegiales, cada uno presidido por un Consiliario. Pero toda la actividad de esos organismos se dirige fundamentalmente a una tarea: proporcionar a los socios la asistencia espiritual necesaria para su vida de piedad, y una adecuada formación espiritual, doctrinal-religiosa y humana. Después, *¡patos al agua!* Es decir: cristianos a santificar todos los caminos de los hombres, que todos tienen el aroma del paso de Dios.

Al llegar a ese límite, a ese momento, la Asociación como tal ha terminado su tarea

—aquella, precisamente, para la que los miembros del Opus Dei se asocian-, ya no tiene que hacer, ni puede ni debe hacer, ninguna indicación más. Comienza entonces la libre y responsable acción personal de cada socio. Cada uno, con espontaneidad apostólica, obrando con completa libertad personal y formándose autónomamente su propia conciencia frente a las decisiones concretas que haya de tomar, procura buscar la perfección cristiana y dar testimonio cristiano en su propio ambiente, santificando su propio trabajo profesional, intelectual o manual. Naturalmente, al tomar cada uno autónomamente esas decisiones en su vida secular, en las realidades temporales en las que se mueva, se dan con frecuencia opciones, criterios y actuaciones diversas: se da, en una palabra, esa bendita *desorganización*, ese justo y necesario pluralismo, que es una característica esencial del buen espíritu del Opus Dei, y que a mí me ha parecido siempre la única manera recta y ordenada de concebir el apostolado de los laicos.

Le diré más: esa *desorganización organizada* aparece incluso en las mismas obras

apostólicas corporativas que el Opus Dei realiza, con el deseo de contribuir también, como tal Asociación, a resolver cristianamente problemas que afectan a las comunidades humanas de los diversos países. Esas actividades e iniciativas de la Asociación son siempre de carácter directamente apostólico: es decir, obras educativas, asistenciales o de beneficencia. Pero, como nuestro espíritu es precisamente estimular el que las iniciativas salgan de la *base*, y como las circunstancias, necesidades y posibilidades de cada nación o grupo social son peculiares y ordinariamente diversas entre sí, el gobierno central de la Obra deja a los gobiernos regionales —que gozan de autonomía prácticamente total— la responsabilidad de decidir, promover y organizar aquellas actividades apostólicas concretas, que juzguen más convenientes: desde un centro universitario o una residencia de estudiantes, hasta un dispensario o una granja-escuela para campesinos. Como lógico resultado, tenemos un mosaico multicolor y variado de actividades: un mosaico *organizadamente desorganizado*¹⁸.

Esta realidad era acompañada por continuas lecciones de vida que se grababan a fuego en el corazón y las mentes de los protagonistas y que, después, se trasmitían de unos a otros pasando a ser vida de la vida de cientos, miles, millones de personas.

Vivía aquel viejo consejo: “se gasta lo que se deba, aunque se deba lo que se gaste”,¹⁹ lleno de fe y magnanimidad. Los problemas económicos y financieros formaban parte del aire que respiraba a diario, pero nunca le quitaban la paz porque trabajaba para Dios. Así emprendió verdaderas “locuras” al final de sus días en la tierra, como Cavabianca, la sede definitiva del Colegio Romano de la Santa Cruz —donde se forman cientos de profesionales de todo el mundo— y el Santuario de Nuestra Señora de Torreciudad, que le llevaba a exclamar lleno de agradecimiento: “¡Qué bien se va a rezar aquí!” ... Y un día, transparente su actitud frente a los agobios económicos: “Hijos míos, la cuestión económica se resuelve a base de responsabilidad personal y de pobreza también personal”²⁰.

Son constantes, como el latir del corazón, los detalles de su vida en los que brillaba oculta la virtud de la pobreza. Es constante su cariño, manifestado siempre de manera nueva, con los obreros y técnicos de los innumerables proyectos y obras en los que estuvo implicado toda su vida. La magnanimidad de su espíritu era una verdadera coronación de todas las virtudes que un emprendedor y alguien con genuino espíritu empresarial podría tener. Era en verdad mucho más que un hombre con espíritu emprendedor y empresarial universal. Era un santo a la medida de la misión que Dios le asignó en la historia de la humanidad.

VI. CONCLUSIÓN

A MODO de conclusión, escuchemos lo que Josemaría Escrivá de Balaguer nos deja como reflexión sobre el éxito de la empresa que acometió en su fecunda existencia: “Cuando una empresa es sobrenatural, importan poco el *éxito* o el *fracaso*, tal como suelen entenderse de ordinario. Ya decía San Pablo a los cristianos de Corinto, que en la vida espiri-

tual lo que interesa no es el juicio de los demás, ni nuestro propio juicio, sino el de Dios.

Ciertamente la Obra está hoy universalmente extendida: pertenecen a ella hombres y mujeres de cerca de setenta nacionalidades. Al pensar en ese hecho, yo mismo me sorprendo. No le encuentro explicación humana alguna, sino la voluntad de Dios, pues *el Espíritu sopla donde quiere, y se sirve de quien quiere para realizar la santificación de los hombres*. Todo eso es para mí ocasión de acción de gracias, de humildad, y de petición a Dios para saber siempre servirle.

Me pregunta también cuál es el criterio con que mido y juzgo las cosas. La respuesta es muy sencilla: santidad, frutos de santidad.

El apostolado más importante del Opus Dei es el que cada socio realiza con el testimonio de su vida y con su palabra, en el trato ordinario con sus amigos y compañeros de profesión. ¿Quién puede medir la eficacia sobrenatural de este apostolado callado y humilde? No se puede valorar la ayuda que supone el ejemplo de un amigo leal y sincero, o la

influencia de una buena madre en el seno de la familia.

Quizá su pregunta se refiere a los apostolados corporativos que realiza el Opus Dei, suponiendo que en este caso se pueden medir los resultados desde un punto de vista humano, técnico: si una escuela de capacitación obrera consigue promover socialmente a los hombres que la frecuentan; si una universidad da a sus estudiantes una formación profesional y cultural adecuadas. Admitiendo que su pregunta tiene ese sentido, le diré que el resultado se puede explicar en parte por personas que ejercitan ese trabajo como una específica tarea profesional, para la que se preparan como todo el que desea hacer una labor seria. Esto quiere decir, entre otras cosas, que esas obras no se plantean con esquemas preconcebidos, sino que se estudian en cada caso las necesidades peculiares de la sociedad en la que se van a realizar, para adaptarlas a las exigencias reales.

Pero le repito que al Opus Dei no le interesa primordialmente la eficacia humana. El éxito o el fracaso real de esas labores depende de que, estando humanamente bien hechas, sirvan o no para que

JORGE PEIRANO BASSO

408

tanto los que realizan esas actividades como los que se benefician de ellas, amen a Dios, se sientan hermanos de todos

los demás hombres y manifiesten estos sentimientos en un servicio desinteresado a la humanidad”²¹.



NOTAS

- 1 Expresión común del Beato Josemaría, recogida en sus escritos o en la trasmisión oral de sus enseñanzas.
- 2 Escrivá de Balaguer, Josemaría (1985), *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid, nº 117, p. 172.
- 3 Holzner, Josef (1986), *San Pablo. El heraldo de Cristo*, Herder, Barcelona, pp. 503 y 504.
- 4 (1968), *Conversaciones con Mons. Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, nº 55, pp. 101 y 102; nº 26 p. 59.
- 5 Bernal, Salvador (1980), *Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Apuntes sobre la vida del Fundador del Opus Dei*, Rialp, Madrid, p. 114.
- 6 Escrivá de Balaguer, Josemaría (1973), *Es Cristo que pasa*, Rialp, Madrid, nº 50, p. 114.
- 7 Escrivá de Balaguer, Josemaría (1986), *Surco*, Rialp, Madrid, nº 864, p. 377.
- 8 Escrivá de Balaguer, Josemaría (1968), nº 24, p. 56.
- 9 Ver texto de *Conversaciones con Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer* transcrito líneas arriba.
- 10 Urbano, Pilar (1995), *El hombre de Villa Tevere. Los años romanos de Josemaría Escrivá*, Plaza & Janes, Barcelona, pp. 56-59.
- 11 *Ibidem*, pp. 488 y 493.
- 12 Concilio Vaticano II, Const. Dogm. *Lumen gentium*, nn. 40, 41 y 42: "Es plenamente evidente que todos los fieles, cualquiera que sea su estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad". "Por tanto, todos los fieles se santificarán más cada día dentro de su propia condición de vida, oficio y circunstancias". "Todos los fieles están invitados y obligados a buscar la santidad y la perfección dentro de su propio estado".
- 13 Escrivá de Balaguer, Josemaría (1968), nn 20 y 21, pp. 47 y ss. Entrevista realizada con Pedro Rodríguez, publicada en *Palabra*, en octubre de 1967.
- 14 Bernal, Salvador (1980), p. 356.
- 15 Bernal, Salvador (1996), *Recuerdo de Álvaro del Portillo, Prelado del Opus Dei*, Rialp, Madrid, p. 156.
- 16 Echevarría, Javier (2000), *Memooria del Beato Josemaría Escrivá. Entrevista con Salvador Bernal*, Rialp, Madrid, pp. 308 y ss.
- 17 Berglar, Peter (1987), *Opus Dei. Vida y obra del fundador Josemaría Escrivá de Balaguer*, Rialp, Madrid, p. 265.
- 18 Bernal, Salvador (1968), nº 19, pp. 45 y ss.
- 19 Escrivá de Balaguer, Josemaría (1984), *Camino*, Rialp, Madrid, nº 481, p. 142.
- 20 Urbano, Pilar (1995), p. 49.
- 21 Bernal, Salvador (1968), nº 31, pp. 70 y ss.

